

«¡Luz en la Tierra!»

FERNANDO IWASAKI

Escritor

Luce López-Baralt y Arturo Echavarría –filólogos ambos, bibliófilos ellos y doblemente «amantófilos», como pareja y por las raíces latinas y griegas del palabro– nos han traído a Sevilla *Luz sobre Luz* y *La isla en el horizonte*, respectivamente, dos nuevos libros de creación, dos criaturas alumbradas frente al mar en su casa de San Juan y que uno imagina como sus bibliotecas, fundidas en una sola y anotada por los dos. Por lo tanto, si dentro de cien años los investigadores que consulten los volúmenes de su biblioteca denominarán «López-Baralt–Echavarría» la autoría de los apuntes de los márgenes de las páginas –igual que las canciones de Lennon-McCartney–, a mí me haría ilusión desde ahora, referirme al trabajo de ambos como el fruto de una creación única, maravillosa, singular e irrepetible, pues cada uno de ellos no sólo es el primer lector del otro sino el primer fan y el primer crítico, el primer corrector y el primer reseñista, el primer editor y el primer jefe de prensa.

Todos conocemos parejas donde ambos fueron o son escritores, como Anaïs Nin y Henry Miller, Silvina Ocampo y Bioy Casares, Elena Garro y Octavio Paz, Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, Carmen Martín Gaité y Rafael Sánchez Ferlosio, Almudena Grandes y Luis García Montero o Elvira Lindo y Antonio Muñoz Molina, entre otras numerosas parejas de creadores. Menos conocidos son –sin embargo– los matrimonios entre catedráticos de la misma especialidad, por lo que vuelvo a echar mano de los ejemplos más célebres, como María y Pierre Curie, Irène y Frédéric Joliot y Gerty y Carl Cori, quienes no sólo fueron parejas sino que para colmo cada matrimonio ganó un Premio Nóbel. Pues bien, Luce López-Baralt y Arturo Echavarría disfrutaban –simultáneamente– de una triple condición de creadores,

catedráticos e investigadores, y por eso algunos de sus frutos vienen a ser la quintaesencia de su amor, como *Luz sobre Luz* y *La isla en el horizonte*. De eso es precisamente de lo que quiero hablar: del amor que aprende, del amor que enseña y del amor que escribe, porque hablo como alguien que admira y quiere a Luce y Arturo.

Así, lo primero que voy a hacer es llamarlos por sus nombres, porque en el Caribe en general y en Puerto Rico en particular, la familiaridad es una de las formas del cariño y los emparejamientos cariñosos encima convocan la música. Si presentara dos ensayos filológicos hablaría de la Dra. López-Baralt y del Dr. Echavarría, pero tratándose de un poemario y de un libro de cuentos prefiero Luce y Arturo, porque además así los incluyo en la sabrosa tradición de dúos boricuas como Felipe y Aidita, Cheito y Nydia, Aída y Adalberto, Carmita y Pellín, Julita y Chago, Celines y Papo y –cómo no– Lucesito Benítez y Danny Rivera, cuyos apellidos admitimos gracias a los diminutivos de sus nombres.

La música no es ajena a *Luz sobre Luz* y *La isla en el horizonte*, porque la experiencia mística supone la música y por eso los versos de Luce están poblados de cantos, himnos, sonidos de colores, música callada, estrellas sonoras, ruiseñores cantando bajo la nieve, canciones que no pueden entonarse y músicas secretas que dejan a la poeta “loca de melodía”, como debió quedarse también cuando leyó la dedicatoria de *La isla en el horizonte*: “Para Luce, siempre. Let me count the ways”, primer verso de un soneto de Elizabeth Barrett Browning –How do I love thee? Let me count the ways–, pero también el título de una canción de John Lennon interpretada póstumamente por Yoko Ono, un lento de los «Temptations», una balada de Michael Franks, un hit de «Natural» y una gran composición del ex-guitarrista de «Genesis», Steve Hackett; pero ahí no terminan las contraseñas musicales de Arturo, porque en «La luna y los sapos» se oyen los sonos del merengue y sobre todo de la salsa, la música de las esferas por excelencia en Puerto Rico. Todo se tumba y se huarachea en Ponce, Santurce o El Viejo Sanjuán, como sucede con un repente apócrifo de Rubén Darío –“¿Cómo te llamas y cómo estás?”– que en las últimas líneas de «Fin de semana en Santomas» “Natalia canturreaba con un vaivén acompasado y rítmico”.

En el prólogo de *Luz sobre Luz*, el filósofo y estudioso del sufismo Seyyed Hossein Nasr escucha en los versos místicos de Luce “la música de la guitarra y el canto flamenco clásico”, persuasión que no pongo en duda porque en la mística todo es posible. Por eso mismo, yo los versos de Luce me los figuro en la voz de Bobby Capó (“A la vera del agua / sin que nadie la viera / se cumplió mi esperanza); Héctor Lavoe (“En un instante habitado por albas y espejos / al fin supe quién era”), Cheo Feliciano (“Tú y yo nos amamos / sobre un lecho florido de estrellas”) o Ismael Rivera (“Aunque llorara diamantes / no podría decirlo”). La música extremada de los versos de Luce consiente tumbaos de teclados, latidos de bongoes y coros de trombones porque en sus poemas bailan los astros, reconocemos coreografías infinitesimales, las estrellas danzan desorbitadas y cipreses ebrios como ménades se mecen al viento.

El baile no está reñido con la mística, porque los Mevlevi o derviches giradores de Turquía se hacen uno con el universo danzando el sema, técnica sufi creada por el poeta Yalāl ad-Dīn Muhammad Rūmī, tal como ocurría con los «tarantistas» extáticos medievales o con el entusiasmo que se apoderaba de los seguidores de Dionisos en la antigua Grecia. ¿Por qué bailar salsa no podría llevarnos al éxtasis o a la enajenación? Desde España –donde la salsa es un empecinado baile de salón– jamás se admitiría, pero en el Caribe serían bailables versos como “Dime si desde el inmortal seguro / todavía Te acuerdas de mí” o “Donde Tú estabas / hay un agujero negro”, porque en Puerto Rico ya bailan bañados en lágrimas «Fabricando fantasías», un tema compuesto por Tito Nieves en memoria de su propio hijo fallecido. De ahí que el desconsolado protagonista de «La luna y los sapos» se quedara traspuesto ante la fastuosa visión de una pareja que bailaba salsa:

El merengue que Enrique había estado escuchando terminó y el número siguiente era una pieza de salsa. La pareja se levantó y se dirigió al centro de la pista de baile. Los contempló mientras bailaban. Se desplazaban con una destreza y una soltura admirables. Tuvo la sensación de que flotaban en un aire enrarecido que no era de allí.

Leyendo *Luz sobre Luz* uno advierte la presencia de los grandes temas de la mística –el silencio, la noche, la embriaguez, los aromas, la iluminación–, de los místicos mismos –Ibn-‘Arabī, Ŷalāloddin Rūmī, Al Shustari, Moisés de León, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Angelus Silesius– y de estudiosos de la mística como Michel de Certeau, George Steiner, Mircea Eliade, Miguel Asín Palacios. En realidad, los versos de *Luz sobre Luz* levantan los planos de los territorios místicos, tal como los relatos de *La isla en el horizonte* dibujan los mapas de la narrativa breve como leemos en «De la mar profunda», cuando Raquel Miranda le explica a sus estudiantes las diferencias entre los cuentos de Chéjov, Cortázar, Maupassant, Poe, Cheever, Quiroga y Chesterton. Pienso en las líneas imaginarias de las cartografías literarias de Luce y Arturo, entrelazándose en diversos puntos. Uno de esos puntos podría ser Jorge Luis Borges, pues Borges le admitió a Luce dos experiencias místicas y Arturo ha estudiado a Borges a la luz de la cábala y la espiritualidad judía. ¿Cuántas veces habrán hablado Luce y Arturo de Borges y el sufismo, Borges y la iluminación mística o Borges y la noche oscura de su ceguera? Me interesan esos puntos donde Luce y Arturo se entrelazan como críticos, como creadores y como amantes.

No puedo dejar de pensar en Arturo cuando Luce escribe “el beso fue tan hondo que me volví beso”, “Me diluí en Tu esencia con la mansedumbre de un astro apagado” o “Niels Bohr proclama la pluralidad de los mundos y el enigma de los universos paralelos; sólo sé que soy Tuya en cada uno de ellos”. No puedo dejar de pensar en Luce cuando Arturo evoca el último cuento de *Dublineses* de James Joyce –«Los muertos»–, donde el protagonista, un escritor insoportable y malhumorado, contempla extasiado la melancolía dormida de su esposa. Me conmovió aquella revelación, la iluminación casi mística de aquel relato titulado precisamente «Epifanía en las termas», porque ese instante de arrobamiento, de raptó, de arrebató es otro nudo en la red que Luce y Arturo vienen tejiendo juntos desde hace más de cuarenta años.

La isla en el horizonte es un libro donde en cada uno de los relatos se produce fulgurante una epifanía luminosa –la sombra en la cueva, la ausencia de las llaves, un chiflido en la noche– y *Luz sobre Luz* es un libro donde cada uno de sus poemas quiere fundirse en la luz. El

huerto encendido de Luce es la isla incendiada de Arturo y el horizonte de la isla de Arturo es coruscante como un verso de Luce:

Los horizontes quedaron libres
de soles y de ocasos,
las estrellas danzaban sin órbita,
la luna roja perdía su aureola,
se anegaban los espacios,
colapsaban las horas:
¡la hebra de mi ser
entre Tus manos infinitas!

Ya sé que es poesía mística y por eso la «T» de «Tú» es mayúscula en el verso, pero ni Santa Angela de Foligno, ni Santa Teresa de Jesús, ni Santa Rosa de Lima vivieron con un «Amado» como Arturo en una ciudad como San Juan y en una región tan musical como el Caribe. Por eso para mí *Luz sobre Luz* es además un extraordinario libro de poemas de amor, un baile infinito.

Mi título «¡Luz en la Tierra!» no es una cita bíblica ni un verso místico. Tampoco es un juego de Luz con Luce y Tierra con Arturo, aunque no me importa que lo piensen. Viene de algo más dionisiaco y primitivo, de un recuerdo feromono y adolescente que me asaltó cuando terminé de leer «Epifanía en las termas» y más de uno de los poemas de *Luz sobre Luz*. Por aquellos años las fiestas eran con cintas o elepés –jamás con cassettes– y todos esperábamos impacientes los discos del «Gran Combo» para bailar desvariantes. Y así, al final de una de esas canciones que forman parte de mi educación sentimental –no recuerdo cuál–, cuando callaba el vocalista y el metálico mutismo de las trompetas reverberaba sobre el éxtasis que nos sobrecogía en la pista de baile, mientras los timbales redoblaban hasta que un golpe rotundo provocaba ovaciones delirantes, en aquel segundo henchido de sonoro silencio se oía cómo uno de los músicos exclamaba eufórico y con rever: «¡Luz en la Tierra!».

Antes de leer el capítulo 68 de *Rayuela* yo ya sabía que «¡Luz en la Tierra!» era ¡evohé, evohé! Estamos en Sevilla y la población aborigen habría agradecido más que hubiera titulado «¡Óle, óle

y óle!», pero estoy a favor de la diversidad cultural y por eso he preferido recordar al «Gran Combo» aquí en Sevilla, porque –al fin y al cabo– junto con El Viejo Sanjuán son las únicas ciudades del mundo donde existe una esquina formada por las calles O'Donnell y Tetuán.

Luce y Arturo, mi querido dúo boricua, si dos que comparten colchón se vuelven de la misma condición, gracias por compartir cátedra y biblioteca, lecturas y escrituras, lectores y estudiantes, porque los frutos de su trabajo bailan solos por el mundo y cuando uno termina fascinado de leerlos sólo queda exclamar: «¡Luz en la Tierra!».

Sevilla, 25 de octubre de 2016